

# Un curso de Michel Serres o el don de la palabra\*

**Michel Authier\*\***

Traducción del francés al español de Luis Alfonso Paláu-Castaño  
Universidad Nacional de Colombia, Medellín, Colombia  
lapalau@gmail.com

Lo esperábamos allí, raros eran los que llegaban retrasados. Con paso decidido que reconocíamos de lejos entraba en la sala, colgaba la bufanda amarilla y el impermeable en la percha, abría la maleta, sacaba algunas hojas, esperaba algunos segundos... y luego...

“Un lobo sobreviene en ayunas...”, una princesa lapidada bajo sus propias joyas, Féofar y Michel Strogoff que recorren la estepa, Jean-Jacques confesando que cuando niño hizo un acueducto, una vestal amurallada, átomos que caen, arlequín danza en un pie, el viejo Horacio inventa el tribunal, “antaño la rata de ciudad invitó a la rata de los campos”... Al comienzo había una historia, como un pretexto, un preámbulo, una fuente de donde brotaba el curso donde el pensamiento deambulaba, por la que un libro se escribía. Con ella el rumor de la espera cesaba —ruidos de sillas y mesas, sonidos de pies y gargantas, cuchicheos de los que charlan—... Entrábamos en su palabra.

En multitud esas historias tejían lazos entre ellas, desprendían su lógica, develaban sorpresas. Acopladas con ciencias, hacían nacer tesoros de conceptos: comunicación, bifurcación, distribución, interferencia, parásito, fundación, génesis, tercero-instruido, contrato natural, estatua, hominescencia, incandescencia, ramas... Formando torbellinos revisitaban antiguos relatos, trastornaban lo que uno consideraba adquirido, aprendíamos que nunca un pensamiento es definitivo... Cada concepto por su simplicidad topológica (rasgo, horca, estrella, tangente...); lógica (derivación, axiomática, inferencia, modalidad...); física (palanca, mezcla, separación, fusión...) operaba lo real, lo transformaba, cambiaba

---

\* Cómo citar: Authier, M. (2019). Un curso de Michel Serres o el don de la palabra. *Ciencias Sociales y Educación*, 8(16), 169-173. DOI: <https://doi.org/10.22395/csye.v8n16a11>  
Traducción realizada por Luis Alfonso Paláu-Castaño. Agradecemos a la editorial L'Herne permitir el acceso del libro en francés para su versión, en partes, en español.  
Recibido: 10 de agosto de 2019.  
Aprobado: 20 de septiembre de 2019.

\*\* Profesor de matemáticas. Fundador y director científico de la sociedad Trivium Soft, e inventor de los “árboles de conocimientos”. Es el autor de tres obras: *Análisis institucional* (con Rémi Hess, PUF, 1987), *los Árboles de conocimientos*, con Pierre Lévy (la Découverte, 1996), *País de conocimiento* (de Rocher, 1998); participó en los *Elementos de historia de las ciencias*, bajo la dirección de Michel Serres (Cátedra, 1991).

nuestros puntos de vista. Todos con su singularidad deconstruían relatos que ignorábamos y cuyo sentido emergería.

Silenciosos, nuestros pensamientos nacían de los suyos. Se inspiraban en ellos claramente, divergían muy seguramente, se hundían seguramente en grandes o pequeños cuadernos, pero siempre ennegrecidos de notas.

Ante nuestros ojos, el filósofo de las ciencias duras nos descubría las matemáticas en la filosofía de Leibniz, la topología en los nombres y los lugares de las novelas de Julio Verne, la estética del equilibrio del bien y el mal en los cuadros de Carpaccio, la termodinámica de la genética fatal que consume a los personajes de Zola, la comunicación que provoca la risa en las viñetas de Tintin... Entonces no sabíamos que los pozos, los puentes, los grafos presentes desde el origen en la tesis saturada de integrales, de series, de combinaciones, de infinitos grandes y pequeños, estaría aun operando para tejer, puentear, integrar los más variados conceptos. Lejos de la experticia sobre la idea, el pensamiento, el sistema de un autor que legitima al doctor en filosofía, comenzábamos a comprender que la variedad que funcionaba nos dejaba ver un filósofo.

Aunque su pensamiento hubiera sido redactado, digerido durante toda la semana precedente al curso, se podría creer que él se inspiraba de la palabra misma. Tejeduría de historias, de poemas, de experiencias, de teoremas, nos parecía que la palabra encendía esa mezcla que se renovaba por su propia fusión.

Siguiendo su curso, su palabra desenvolvía nuestro curso, escuchábamos, aprendíamos. Numerosos, teníamos la ilusión de ser la materia blanda y lisa donde la idea impone su impronta, la superficie plana que la reflexión constriñe para que emerjan los relieves. Para él éramos la bestia de múltiples cabezas: ¿Castañas o rubias de admiradoras, raras y estudiosas en búsqueda de diploma, blanca de benévola y rica dama, escamadas con anteojos de intelectuales miopes, cabezas crespas, canosas o cabelludas, que venían a ver, entender, escuchar, inspirarse? Fundidos en la *noise* y el caos de nuestras diversidades, ¿nos volvíamos para él ese público que hace cuerpo, atento, fascinado, torpedeado, perdiendo el conocimiento, al borde del reconocimiento y parecía ser solo uno en presencia del maestro? Ese era su don de la palabra, lograr que creyéramos que esas ideas que había escrito días antes advenían por nosotros, en nosotros y con nosotros. Era como una comunión, y esos sábados de curso permanecían en mi memoria como domingos de Pentecostés. A pesar de las intemperies, cuando el curso estaba bien parecía siempre que hiciera buen tiempo.

Frecuentemente, al final de algunos de ellos nuevamente una lectura u otra historia nos hacían dar ganas de volver...

“Allá fue donde se formaron los primeros lazos de las familias...”

Cerca de treinta años ya ¿Por qué recordar aquel curso más que cualquier otro?

Con las últimas sesiones en la sala Marc-Bloch abandonábamos “las cosas de la Naturaleza” para ocupar el anfiteatro de vacas con historias de hombres, de ruido y furor. El origen de las cosas de Lucrecio dejaba sitio al *Origen de las lenguas* de Rousseau, al *clinamen* que genera las formas del mundo sucedería el parásito que engendra las formas de las sociedades. De una sala a la otra cambiando de autor, de concepto, de contexto, pasando del objeto al sujeto navegábamos estudiantes delante de los adultos, en un “paso del noroeste” entre diez, veinte, cien ideas. Aparentemente aisladas, aprendimos que injertas en la misma placa esas islas de pensamiento emergían de un continente para nosotros aún hermético, maravilloso a los ojos del pedagogo. Nuevos Hermes de una enciclopedia hecha de arte, de ciencias, de literatura, de filosofía, él la comunicaba, traducía, distribuía...

En la integración de todos los fenómenos, de sus interferencias, de su lógica, de las percepciones que provocan, de las emociones que despiertan, el pensador deambulaba entre los sujetos, las historias, los objetos, las obras para hacerlas suyas y hacer la suya. La suya inspirada en todas, por fuera de todas, jugando al contrapié para sorprender su mundo, jugando a hacer relaciones analógicas, gnomónicas, etimológicas para maravillarse de ello. Rechazando la referencia para no traicionarla, aceptando la irreverencia para traducir mejor. Traducir es ofrecer un nuevo mundo a un nuevo público, distribuir otra manera de pensar para emanciparse y para descubrir a otros.

La mañana de ese sábado del año 1979, el desorden que concluía la obra de Lucrecio fusionaba con la revuelta que concluye la de Rousseau. Dos textos sobre los orígenes donde zumban igualmente el temblor leve de los átomos y el murmullo de las palabras, y concluyen igualmente en la misma baraúnda tanatocrática. Víctimas por todas partes, víctimas siempre. De los cursos aún aprenderemos que en cada estatua yace un cadáver, y desde el origen de su obra un artículo definido nos lo dice también de la ciencia. Toda obra de saber está en riesgo de ser un ogro.

¿Quién sabrá alguna vez lo que hace la voz ligera cuando graba en un cerebro un conocimiento cuya permanencia está más allá del recuerdo? ¿Quién conocerá alguna vez el estado fusional de un espíritu cuando se imprime allí una palabra venida de una carne afligida por el pensar? Espíritu, ¿dónde estás tú entre el banco y la cátedra? Sabiduría del sabio que ofrece todo lo que sabe sin conocer al que recibe; humildad del ignorante que recibe los estigmas de un conocimiento que lo marcará para siempre.

El don de la palabra se realiza en el don de palabra.

Respetuosos, receptivos, todos atentos a recibir el regalo. Ese don de conocimiento que nos hace creer por un corto instante que lo poseemos, que podemos también nosotros llegar a ser maestros del pensar. “Cuando se lo escucha, se tiene la impresión de ser inteligente”, dicen los que lo han escuchado en cursos, conferencias, en los *mass-media*. ¿Saben acaso que veinticinco siglos después ellos testimonian así la eternidad de la pedagogía que describía Platón en su diálogo *Menón*? En la Sorbona por aquella época, el sábado por la mañana nosotros todos éramos jóvenes esclavos. Escapando de la aburrición, de los egoísmos, de las humillaciones, de las violencias de lo cotidiano, penetrábamos en el cenáculo. En esta “capilla de los esclavos” de los tiempos modernos sin saber lo que su último libro acaba de enseñarnos: el ejercicio espiritual nos libera de la violencia, rompe el equilibrio mimético de las oposiciones que acumulan su energía asesina, transforma el ruido parásito para que pase el sentido, muta el caos en un torbellino que toma forma. Pesando cada palabra el pensamiento engendra la idea, ordena el confuso vocerío, encierra el barullo en el motor de la invención... Aprendíamos la alegría, la admiración, la paz que aportan el pensamiento y su suave mensajera: la voz.

“...Se llegaba de prisa y se partía con pesar. En esa época feliz en la que nada marcaba las horas, nada obligaba a contarlas...” Escuchábamos con una intensidad que surgía ante nuestros ojos esa escena de los orígenes donde todo solo era paz y placer; donde hablar no servía para vender, convencer, persuadir. Donde las lenguas se mezclaban tan cerca que entenderse se regocijaba en un beso. El soplo de nuestro silencio era como una prenda de respeto, su don de la palabra embrujaba; ningún ruido venía a disipar el momento...

“...Y del puro cristal de las fuentes saldrán los primeros fuegos del amor”.

Hubo como un gran silencio, un silencio musical lleno de promesa de los sonidos por venir, el silencio de un grito inaudible a tal punto que era grande la emoción, un silencio de los orígenes, justo antes del grito primal cuando el niño conoce por fin la vida...

Extrañamente nadie se levantó, era eterna la espera extática que no conocía su objeto. Todos inmóviles manifestábamos nuestro reconocimiento, nuestra imposibilidad de devolver el don que esa palabra nos había hecho.

Una voz cargada de lasitud viene de la cátedra: “¿No hay preguntas?”

Entregar su palabra es prenda de verdad; someter a la pregunta es prueba de crueldad. ¿Cómo podíamos responder al regalo que se nos había hecho? Permanecemos sin voz. ¡Apoteosis! Todos se levantaron...

Al silencio religioso le sucedió un mutismo vergonzoso, cada uno abandonó la sala y llevó consigo oculto en sus pensamientos, un pedazo del don de conocimiento que recibimos.

¿Qué se le puede devolver al que da tanto? ¿Conoce el estudiante que sale de la sala la duda que tortura al que habló? ¿Qué sentido tiene todo esto? ¿Comprendieron? ¿Amaron? ¿Qué harán con mis pensamientos? Siempre el mismo silencio: ¿Indiferencia, fascinación? Por fuera del desprecio ninguna ilusión puede suavizar esta pena... Mañana el esfuerzo recomenzará, nuevos pensamientos emergerán en el silencio de la oficina, en la mesa de trabajo un nuevo curso se gestará.

¡Maestro, esta es la hora de tu sufrimiento! Heredero de aquel que rechazó a Alcibiades, nunca te dirán verdaderamente el valor de lo que has dado. Los que lo han recibido no pueden estimarlo, gozan de ello, lo sienten sin saberlo ponderar. Esta ignorancia es quizás de una gran sabiduría, pues la estima muy frecuentemente huye ante la estimación. Los que se han vuelto tus iguales y saben tu valor, ya no te conocen para no reconocer lo que saben de ti. El maestro es la víctima de sus mejores alumnos; la sola excepción fue la fundación de la filosofía, puesto que Platón respetó la palabra; sin embargo, Sócrates aceptó morir...

“Huir, huir bien lejos...” Qué una *brisa marina* lleve a los confines del mundo el don de tu palabra.